

Y, en Julio de 1910, al terminar su última gran obra (el tomo I de la segunda edición de la *Historia de los heterodoxos*), decía: «Para mí el mejor estilo es el que menos lo parece, y cada día pienso escribir con más sencillez; pero en mi juventud no pude menos de pagar algún tributo á la prosa oratoria y enfática que entonces predominaba. Páginas hay en este libro que me hacen sonreír, y, sin embargo, las he dejado intactas, porque el libro tiene su fecha y yo distaba mucho de haber llegado á la manera literaria que hoy prefiero, aunque ya me encaminase á ella. Por eso es tan desigual la prosa de los *Heterodoxos* y fluctúa entre dos opuestos escollos: la sequedad y la redundancia. Otro defecto tiene, sobre todo el último tomo, y es la excesiva acrimonia é intemperancia de expresión con que se califican ciertas tendencias ó se juzga de algunos hombres. No necesito protestar que en nada de esto me movía un sentimiento hostil á tales personas. La mayor parte no me eran conocidas más que por sus hechos y por las doctrinas expuestas en sus libros ó en su enseñanza. *De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces*; pero si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando á la serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea, y que mal podía esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado é inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica y no bastante dueño de su pensamiento ni de su palabra.»

En esta exposición que voy haciendo del pensamiento de Menéndez y Pelayo, las citas de sus libros son inevitables. Fundándome en ellas, recogeré lo más significativo acerca de las circunstancias históricas que motivaron esa obra de crítica y de combate á que me refería en un principio.

«Es, por desdicha, frecuente — decía en *La ciencia española* (1) — en los campeones de las más distintas banderías filosóficas, políticas y literarias, darse la mano en este punto solo: estimar en poco el rico legado científico de nuestros padres, despreciar libros que jamás leyeron, ver con burlona sonrisa el nombre de *Filosofía española*, ir á buscar en incompletos tratados extranjeros lo que muy completo tienen en casa, y preciarse más de conocer las doctrinas del último tratadista alemán ó francés, siquieran sean antiguos desvaríos remozados ó trivialidades de todos sabidas, que los principios fecundos y luminosos de Lulio, Vives, Suárez ó Fox Morcillo. Y en esto pecan todos, en mayor ó menor grado, así el neo-escolástico que se inspira en los artículos de *La Civiltà* y en las obras de Liberatore, de Sanseverino, de Prisco ó de Kleutgen (aprendiendo no pocas veces, gracias á ellos, que hubo teología y teólogos españoles), como el alemanesco doctor que refunde á Hegel, se extasía con Schelling, ó martiriza la lengua castellana con traducciones detestables de Kant y de Krause. Cuál se proclama *neo kantista*, cuál se acoge al *pesimismo* de Hartmann; unos se van á la derecha hegeliana, otros se corren á la extrema izquierda y de allí al *positivismo*; algunos se alistan en las filas del caído *eclecticismo francés*, disfrazado con el nombre de *espiritualismo*; no faltan rezagados de la escuela *escocesa*; cuenta algunos secuaces el *tradicionalismo*, y una numerosa falange se agrupa en torno de la enseña *tomista*. Y en esta agitación y arrebatado movimiento filosófico, cuando todos leen y hablan de metafísica y se sumergen en las profundidades ontológicas, cuando en todos los campos hay fuertes y aguerridos luchadores, y todos los sistemas cuentan parciales, y todas las escuelas discípulos, nadie procura enlazar sus doctrinas con las de antiguos pensadores ibéricos, nadie se cuida de investigar si hay elementos aprovechables en el caudal filosófico reunido por tantas generaciones, nadie se proclama *luliano*, ni levanta bandera *vivista*, ni se apoya en Suárez, ni los escépticos invocan el nombre de Sánchez, ni los panteístas el de Servet; y la ciencia española se des-

(1) I, 4 y 5.

conoce, se olvidan nuestros libros, se los estima de ninguna importancia, y pocos caen en la tentación de abrir tales volúmenes, que hasta los *bibliófilos* desprecian en sus publicaciones.»

Las páginas del tercero y último tomo de *Los Heterodoxos*, abundan en enérgicos rasgos de severa censura contra los representantes de la dirección aludida, y especialmente contra los krausistas. Se necesitaba valor en 1881 para escribir semejantes páginas, y estoy por decir que no menos se necesitaría hoy, porque es muy poco lo que hemos progresado en lo relativo al sentimiento de independencia:

«Es mala vergüenza para España—escribía en la mencionada *Historia* (1)—que cuando ya todo el mundo culto, sin distinción de impíos y creyentes, se mofaba con homérica risa de tales visiones, dignas de la cueva de Montesinos, una horda de sectarios fanáticos, á quienes sólo daba fuerza el barbarismo (en parte calculado, en parte espontáneo) de su lenguaje, hayan conseguido atrofiar el entendimiento de una generación entera, cargarla de serviles ligaduras, incomunicarla con el resto del mundo, y derramar sobre nuestras cátedras una tiniebla más espesa que la de los campos Cimmerios. Bien puede decirse de los krausistas lo que de los averroistas dijo Luis Vives: «Llenó Dios el mundo de luz y de flores y de hermosura, y estos bárbaros le han llenado de cruces y de potros, para desconyuntar el entendimiento humano.»—Porque los krausistas han sido más que una escuela, han sido una logia, una sociedad de socorros mutuos, una tribu, un círculo de *alumbrados*, una *fratría*, lo que la pragmática de D. Juan II llama *cofradía* y *monipodio*, algo, en suma, tenebroso y repugnante á toda alma independiente y aborrecedora de trampantojos. Se ayudaban y se protegían unos á otros: cuando mandaban, se repartían las cátedras como botín conquistado: todos hablaban igual, todos vestían igual, todos se parecían en su aspecto exterior, aunque no se pareciesen antes, porque el krausismo es cosa que imprime carácter y modifica hasta las fisonomías, asimilándolos al perfil de don Julián ó de D. Nicolás. Todos eran tétricos, cejijuntos, sombríos: todos respondían por fórmulas hasta en las insulseces de la vida práctica y diaria: siempre en su papel: siempre *sabios*, siempre absortos en la *vista real* de lo absoluto.... Todo esto, si se lee fuera de España, parecerá increíble. Sólo aquí, donde todo se extrema y acaba por convertirse en mojiganga, son posibles tales cenáculos. En otras partes, en Alemania, pongo por caso, nadie toma el oficio de metafísico en todos los momentos y ocupaciones de su vida: trata de metafísica á sus horas, profesa opiniones más ó menos nuevas y extravagantes, pero en todo lo demás es un hombre muy sensato y tolerable. En España, no: el filósofo tiene que ser un ente raro, que se presente á las absortas multitudes con aquel aparato de clámide purpúrea y chinelas argénteas con que deslumbraba Empédocles á los siracusanos.»

Estas apreciaciones no impidieron á Menéndez y Pelayo (¡tales eran la nobleza de su alma y la imparcialidad de su criterio!), reconocer ciertos méritos en la escuela que combatía. Así califica de «varonil y austera» la elocuencia del discurso que Sanz del Río leyó en la Universidad al inaugurar el curso de 1857 á 1858 (2): y proclama el «robusto entendimiento» de Salmerón.

No es menos duro con el otro fanatismo; véase lo que escribía en 1888, refiriéndose á la versión del P. Jungmann, hecha por Ortí y Lara:

«¡Pobre juventud nuestra, tan despierta y tan capaz de todo, y condenada, no obstante, por pecados ajenos, á optar entre las lucubraciones de Krause, interpretadas por

(1) III, 731 y 732.

(2) *Heterodoxos*, III, 721.

el Sr. Giner de los Ríos, y las que con el título de *La belleza y las Bellas Artes* publicó en 1865 el jesuita José Jungmann, profesor de Teología en Inspruck, y tradujo al castellano en 1874 el Sr. Ortí y Lara! *Arcades ambo*. El que quiera cerrarse para siempre los caminos de toda emoción estética, no tiene más que aprenderse cualquiera de estos manuales. El resultado científico es poco más ó menos el mismo.... No son tratados sobre el arte, sino contra el arte, cuya peculiar esencia y valor propio niegan por diversos caminos; no dan luz ni guía al artista ni al crítico para sus obras y juicios, y, en cambio, lo mismo Krause que Jungmann, cada cual por su estilo, propenden á cierto misticismo sentimental, que confunde y borra á cada paso los términos de la moral, de la religión y del arte, sin provecho ni ventaja alguna para el arte, para la religión ni para la moral, que son lo que son, y pueden vivir en armonía jerárquica, sin necesidad de estas absurdas mescolanzas ni de estas recíprocas intrusiones» (1). Y más adelante añadía las siguientes palabras, que parecen escritas para los actuales momentos: «No basta que un autor tenga apellido alemán para que pase por una Biblia cuanto escriba. En Alemania, como en todas partes, se escriben libros buenos y malos, y éstos en mayor cantidad que los primeros, por lo mismo que se escribe muchísimo. Coger á la ventura uno de estos libros, que en Alemania nadie ha leído, y traducirle porque halaga nuestras propensiones, no es comprender ni traducir la ciencia alemana. Pero es ya calamidad irremediable que esta ciencia, y aun toda la ciencia extranjera, ha de llegar á nosotros por el intermedio de esos espíritus estrechos y dogmáticos, hombres de un solo libro, que ellos en seguida convierten en breviario, llámese Krause ó Sanseverino, Taparelli ó Ahrens.»

* * *

Bastan las citas que preceden para que se comprenda cuál hubo de ser la estructura mental de aquel Maestro insigne, cuya reciente pérdida lamentamos. Fué un espíritu *sui iuris*, independiente y libre dentro de su acendrado é inquebrantable catolicismo; nunca escribió sino aquello en que firmemente creía, y, cuando juzgó necesario rectificarse á sí propio, hízolo con leal y honrada franqueza; tuvo á su Patria un amor profundo y permanente, porque siempre entendió que, aun para elevarnos sobre lo español, es requisito imprescindible conocer y amar á España; y tales fueron los dos fundamentales principios que él hizo arraigar, con la firmeza del roble cántabro, en aquellos que fuimos sus discípulos: *independencia de juicio*, y *amor al conocimiento de las tradiciones españolas*.

Por lo que á la Filosofía respecta, dedicó buena parte de su obra á la vindicación de nuestra historia, no sin mencionar con su habitual sinceridad á los que le habían precedido en esta empresa (Laverde Ruiz, Valera, Campoamor, Canalejas, Adolfo de Castro, Vidart, Ríos Portilla, Federico de Castro, Pi y Margall, Ceferino González, Patricio de Azcárate, Martín Mateos, Weyler y Laviña, López Praza, Guardia, Roselló, Ildefonso Martínez, Sánchez Ruano, el P. Cuevas, Suárez Bárcena, González Múzquiz, Martí de Eixalá, el Dr. Lloréns, Forner, Cerdá y Rico, Mayáns, los PP. Andrés y Lampillas, etcétera). Publicó textos inéditos de nuestros filósofos (por ejemplo, el tratado *De processione mundi*, del arcediano Domingo Gundisalvo; el *Democrates alter*, de Ginés de Sepúlveda, varios opúsculos de Arnaldo de Vilanova); copió otros, inéditos también, que no llegó á publicar (como el *De artificio omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis*, de Fernando de Córdoba); reimprimió trabajos de singular rareza (como el *Blanquerna*, de Lulio), y constantemente dedicó especial atención á la exposición y crítica de las doctri-

(1) *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo IV, vol. I.

nas de nuestros pensadores (recuérdense, por ejemplo, las de Gómez Pereira, Lulio, Vives, León Hebreo y Francisco Sánchez, para no hablar de otras muchas, tan exactas, profundas y admirables como las precedentes).

Consideraba él como creaciones del pensamiento ibérico: el *senequismo*, el *averroísmo*, el panteísmo judaico-hispano de Abengabirol, el *lulismo*, el *suarismo* y el *vivismo* ó filosofía crítica, de la cual surgen, en su opinión, cuatro direcciones oficiales:

1.^a El *peripatetismo clásico*, «muy conforme con la tendencia de Vives, que admiraba y seguía en mucha parte á Aristóteles *puro* y sin mezcla averroísta ni escolástica». Representado por Sepúlveda, Gouvea, Cardillo de Villalpando, Martínez de Brea y Pedro Juan Núñez, «caudillo de la que pudiéramos llamar *escuela valenciana*» (Monzó, Monllor, Serverá, etc.).

2.^a El *ramismo español* (el salmantino Herrera, Pedro Núñez Vela, etc.).

3.^a El *onto-psicologismo* de Fox Morcillo.

4.^a El *cartesianismo ante-cartesiano* (Dolese, Gómez Pereira, Francisco Valles, Torrejón y Barreda).

Y señala, por último, en esta relación de sistemas, el racionalismo escéptico de Francisco Sánchez (á quien creyó, equivocadamente, portugués) y el empirismo sensualista del Dr. Huarte de San Juan y de la falsa doña Oliva Sabuco (1).

Caracterizando estas escuelas del pensamiento hispano, escribía luego: «En Séneca están apuntados ya los principales caracteres del genio filosófico nacional. Dos de ellos, el *espíritu crítico* y el *sentido práctico*, llaman desde luego la atención del lector más distraído. Séneca es uno de los tres grandes maestros de la raza ibérica: todos nuestros moralistas descienden de él en línea recta. Séneca, gentil en verdad, pero á quien San Jerónimo llama *noster* y pone en el catálogo de *viris illustribus* al lado de los primeros cristianos, prelude nuestra filosofía *ortodoxa*. La *heterodoxa* (tomado el vocablo en su más lato sentido) presenta siempre un carácter distintivo: el *panteísmo*. Porque hay una filosofía *panteísta* española, resuelta y clara, que se anuncia por primera vez en Prisciliano, asombra el mundo en Averroes y en Maimónides, con todas las escuelas árabes y judías que preceden y siguen al uno y al otro; pasa á Francia con el español Mauricio; se vislumbra en Fernando de Córdoba, que en pleno siglo xv formula el principio ontológico de *lo uno*, en que se resuelven *el ser y la nada*; inspira en el siglo xvi al audaz y originalísimo Miguel Servet, y alcanza su última expresión en el xvii bajo la pluma de Benito Espinosa, cuya filiación hebraico-española es indudable.—Si el *panteísmo* está en el fondo de toda la filosofía española no católica, é informa lo mismo el *averroísmo* y el *avicebronismo* que el misticismo *quietista* de Molinos, y persigue como un fantasma á todo español que se aparta de la verdadera luz, en cambio la filosofía española *ortodoxa* y castiza de todos tiempos conviene en ser *crítica* y *armónica*, y cuando no llega á la *armonía*, tiende al *sincretismo*.... San Isidoro condensa y *sincretiza* la ciencia antigua. Raimundo Lulio forma un sistema admirablemente *armónico* y levanta el espíritu *crítico* contra la enseñanza averroísta. Luis Vives es la *crítica* del Renacimiento personificada. Fox Morcillo, en su tentativa de conciliación platónico-aristotélica, formula el *desideratum* del *armonismo*. Todas las escuelas nacidas al calor de la doctrina de Vives, son *críticas* por excelencia, sobre todo la valenciana» (2).

Con estas ideas háble de parecer absurdo á Menéndez y Pelayo que se identificase la *ortodoxia* con el *escolasticismo*, como en nuestros días hace la escuela de Lovaina, en

(1) Cons. *La ciencia española*, I, 250 y siguientes.

(2) *La ciencia española*, II, 8, 9 y 10.

la cual se ha trazado un cuadro de dogmas, fuera de los cuales nadie es *escolástico* ni *ortodoxo* (1). Por esto decía: «En rigor, ¿qué es la escolástica? ¿Dónde principia y dónde acaba? ¿Es escolástica la ciencia compilatoria de Casiodoro y de Boecio, la de San Isidoro, la de Beda ó la de Alcuino? Pues más vale conocer la antigüedad en sus fuentes que en alterados extractos. ¿Es escolástico el *panteísmo* de Scoto Erígena? ¿Lo es el antitrinitarismo de Roscelín, ó el racionalismo de Abelardo, ó alguna otra de las infinitas herejías que brotaron en las escuelas de la Edad Media? ¿Son escolásticos los místicos educados con el libro falsamente atribuido á Dionisio Areopagita? ¿Sonlo los averroístas con su panteística teoría del entendimiento uno? ¿Dónde está la verdadera escolástica? En el *tomismo*, dice..... Pero entonces se enojarán los *escotistas* y los *ockamistas*, si alguno queda, y se enojarán también los *suaristas*, á no ser por el fervor architomista que en estos últimos años ha entrado á los en otro tiempo disidentes jesuitas.»

El espíritu patriótico y alentador de toda la ciclópea obra de Menéndez y Pelayo constituye una de sus mayores excelencias y desde luego uno de sus más gratos encantos. En este sentido, pocos libros hay (por mejor decir, ninguno) tan *fortificantes* para el ánimo de nuestro pueblo como *La ciencia española*. Aun en sus mismas exageraciones (que las tiene, como toda labor de combate) hay algo que satisface, porque constituye la prueba de que en todas las épocas, hasta en las más tristes y ruinosas, hemos tenido cultivadores importantes de la ciencia y de la filosofía. Por eso no hallo inconveniente en suscribir, á pesar de mi respeto, casi religioso, á todas las palabras del maestro, estas otras que D. Juan Valera (2) escribía en 1880 dando cuenta de la aparición de los *Heterodoxos*:

«Por cima del patriotismo está la verdad. Menester es confesarlo: casi desde principios del siglo XVI hay en nuestra civilización un germen deletéreo que la corrompe y marchita. Este germen es el fanatismo religioso, y no porque en otros países no existiera, sino porque aquí existía unido, unánime, y en otros países dividido y luchando. Por allá, en la fiera lucha, acabó por anularse, mientras que entre nosotros apenas hubo lucha, y vivió. Por este lado podemos también seguir á los Sres. Menéndez y Pelayo y Orti y Lara, y hacer de un modo sofisticado la apología de la Inquisición. En efecto: toda la sangre que derramó, todas las lágrimas que obligó á verter, toda la carne humana que tostó, y todas las víctimas que hizo durante dos siglos, no equivalen al número de personas que perecen violentamente en el mismo período histórico y durante pocos años en cualquiera de las guerras religiosas de Alemania, Francia ó Inglaterra; pero allí, por la lucha de fanatismos opuestos, nace la libertad y mueren los fanatismos, mientras que entre nosotros, con poca lucha, y, por consiguiente, con menos horrores y crueldades, pero con una compresión larga, constante y sistemática, la libertad muere y el pensamiento se agosta y esteriliza.»

Pero la defensa de la Inquisición en *La ciencia española*, y la tesis: «el genio español es eminentemente católico: la heterodoxia es entre nosotros accidente y ráfaga pasajera», que inspiró la *Historia de los heterodoxos*, hartó discutibles y difíciles de aceptar, son secundarias en las dos monumentales obras citadas, puesto que, aun prescindiendo de aquéllas, queda siempre la demostración y exposición de nuestro valor histórico en la esfera del pensamiento. Y precisamente en esta apología de lo español y de lo castizo estriba la representación capital de su obra.

(1) Véase á M. de Wulfr: *Histoire de la Philosophie médiévale*, 2ª ed., Louvain, 1905, págs. 367 y 368.

(2) *Obras completas*, tomo XXV, pág. 133. Véase también mi *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*, páginas 233 á 237.

Terminantemente declaró Menéndez y Pelayo que no era *tomista*; pero que, estando obligado cada hombre á tener más ó menos su filosofía, no sólo práctica, sino especulativa, la suya no era otra que «el criticismo *vivista*» (1). También cobró afición, merced á las enseñanzas del Dr. Lloréns en la Universidad de Barcelona, á la escuela escocesa, representada en España, entre otros, por José Joaquín de Mora, Codina y Vilá y Martí de Eixalá. Pero bien echaba de ver sus defectos: «el mal de la doctrina escocesa está en ser puramente psicológica y lógica, en carecer de metafísica. Por horror á los sistemas germánicos de *lo absoluto*, negó Hamilton la filosofía de *lo incondicionado*, sin sospechar que tal negación había de ser arma terrible á la vuelta de pocos años en manos de los positivistas, que, por boca de Stuart Mill, le han acusado de contradicción flagrante» (2).

Su antipatía, propia del humanista y del crítico, hacia el tomismo, se revela ya en el bello estudio sobre la *Antoniana Margarita*, de Gómez Pereira, donde aplaude la briosa refutación que el médico de Medina del Campo hace de la teoría escolástica sobre la conversión del *fantasma* en especie inteligible por la luz del entendimiento agente (3). Pero su total pensamiento acerca de estas cuestiones, consta especialmente en su controversia con el dominico P. Fonseca (4).

Da allí á entender el maestro (y sus afirmaciones han de parecer muy naturales á todo el que haya saludado científicamente la historia de la Filosofía) que Santo Tomás de Aquino tiene sólo una originalidad de método: «ninguno de los principios filosóficos de Santo Tomás ha sido formulado primeramente por el Santo, sino que todos estaban contenidos, ó en germen ó en desarrollo pleno, en Aristóteles y sus comentadores, ó en los platónicos, ó en San Agustín, ó en los escolásticos anteriores al Santo» (y pudiéramos agregar: «ó en los escritores musulmanes ó judíos»). Parece también peregrina ocurrencia la de atribuir á Santo Tomás el descubrimiento de la inducción baconiana: «Pertenezco—dice—al número de los *inconscientes* que creen que Santo Tomás no adelantó en esto de la inducción sobre lo que Aristóteles le había enseñado, y que Aristóteles, aunque conoció la inducción como todo ser racional, y la aplicó maravillosamente á las ciencias naturales, á la política y á la teoría del arte, en su lógica la relegó á muy secundario lugar, y no la estudió con el mismo amor que el silogismo, ni fijó los cánones del método de invención, mérito que estaba reservado á Bacon, precedido en la Edad Media por el otro Bacon, franciscano, y en el Renacimiento por el gran Vives, por Telesio y por otros italianos. Y aunque sea hoy moda decir mil afrentas de Bacon, á título de fautor del positivismo, yo creo que á cada uno debe darse lo suyo, y que el procedimiento inductivo no es malo cuando rectamente se aplica á sus naturales objetos. Lo malo es el exclusivismo y el abuso.»

En cuanto á la monserga de las *especies inteligibles*, de las *representaciones* y de los *fantasmas*, opina que se trata de «abstracciones y quimeras idealizadas», y en tal punto se declara «antiescolástico intransigente», abominando de la restauración escolástica al modo de la del P. Fonseca y otros *eiusdem furfuris*, con los cuales proclama no tener nada que ver, y «cuya obra sólo ha de servir para perpetuar en España el estado de desidia intelectual y de agitación estéril en que vivimos, y que nos hace literalmente el ludibrio y la ignominia de Europa».

El problema del conocimiento ha sido estudiado con alguna extensión por Menéndez

(1) *La ciencia española*, II, pág. 6.

(2) *Idem id.*, II, pág. 26.

(3) *Idem id.*, II, págs. 223 y sigs.

(4) *Idem id.*, III, págs. 55 á 123.